

D. Tim.—Es verdad; soy un autómeta.
Da. Ser.—Pues Don Antonio es diestrísimo.

(mo.

D. Ant.—No tal.

Clara.— ¡Oh, pueblo magnánimo,

Tu grandeza acabó ya,
Tus hijos, cual siervos tímidos,
Inclinan la frente lánguida,
Bajo de un yugo despótico:
¿Y Leónidas dónde está?
En el sepulcro.

Leo.— Mis lágrimas

Corren! ¡oh joven bellísima!
Pasaron como relámpago
Los placeres de tu amor.
Contra el destino tiránico,
Lucha en vano el hombre misero,
La tumba es el puerto único
Donde se acaba el dolor;
Bajo su losa benéfica
Se goza un sueño pacífico;
La muerte es el solo bálsamo
Contra tanto padecer.

Ven, muerte, tu aspecto pálido
Llena mi pecho de júbilo:
Adiós, contentos efímeros,
Adiós, sueños de placer.

Clara.—Europa, Europa, levántate,
Socorre á Grecia, apresúrate;
En todo el mundo respétese
La libertad y la ley.
La negra sangre derrámese,

De guerra el estruendo horrisono
Se alce, y por do quiera escúchese
El grito de...

D. Tim.— ¡Jaque al rey!

Clara.—Si, si, que resuene el cántico
De libertad.

María.— ¡Qué diabólico

Está este sombrero!

Leo.— Víctimas

Produce sólo el amor.

Eres un sueño fantástico,

Felicidad.

Clara.— ¡Tropos góticos

De Europa, tocáis al término!

María.—Este traje está mejor.

ESCENA VIII

Dichos, DON CARLOS.

D. Carlos.—Repito que no hay en México
Ilustración; son muy bárbaros;
Todo aquí es malo, malísimo,
"Epouvantable!" ¡qué horror!

María.—Carlitos...

D. Carlos.— ¡Estoy frenético!

¡Estoy rabiando de cólera!

¿Una mancha? ¡Santa Bárbara!

¡Una mancha!

Leo.— ¿En el honor?

D. Carlos.—Mejor fuera; ¡oh calles pési-
(mas!

- En mi pantalón finísimo
Cortado en París... ¡Qué pérdida!
Qué pérdida, ¡santo Dios!
¡Oh, mexicanos estólidos!
- María.—Pues es usted muy político:
Deje usted el tono trágico,
Y diga lo que pasó.
- D. Carlos.—No se enfade usted, María;
Voy á contar el suceso,
Y verá usted si hay justicia
Para quejarme.
- María.— Acabemos.
- D. Tim.—Jaque mate, amigo mío;
He ganado á usted el juego.
- D. Ant.—Es verdad.
- D. Tim.— ¡Hola! Serapia,
Te has dormido al mejor tiempo.
- Da. Ser.—No me duermo, si ya he visto
Que te enrocaste.
- D. Tim.— ¡Muy bueno!
Pues estás adelantada.
¿Y sales ahora con esto?
Si he ganado la partida.
- Da. Ser.—¡Ah! ¿la ganaste? me alegro.
¿Aquí está usted, Don Carlitos?
Dió usted la vuelta muy presto.
- D. Carlos.—Sí, señora, á pesar mío.
- María.—¿En qué quedamos del cuento?
- D. Carlos.—No es cuento.
- María.— Pues será historia.
- D. Tim.—¿Historia? ¿de qué?
- Da. Ser.— Mi asiento

- Voy acercando; me gusta
Oír historias; me acuerdo
Que leí hace veinte años
Los "Doce Pares." ¡Qué buenos
Y qué valientes señores!
Rajaban de medio á medio
Las peñas y los gigantes,
Como pedazos de queso!
Y el bálsamo milagroso,
¿No te acuerdas, Timoteo,
Que curaba las heridas
Como rasguños?
- D. Tim.— Dejemos
Que nos refiera Carlitos
Ésa historia ó ese cuento
Que le ha pasado. Clarita,
Leonor, dejen un momento
La lectura.
- Leo.— Padre mío,
Tengo comprimido el pecho;
En verdad que necesito
De distracción.
- Clara.— Ya no puedo
Seguir leyendo esta historia
Sin llorar: ¡miseros Griegos!
- D. Tim.—¡Pues vaya! fuera los libros,
Y á Carlitos escuchemos.
- D. Carlos.—Si no es cosa de importancia,
Es un acontecimiento,
Un "évènement" sencillo,
Aunque grande, si atende...
A otra cosa.

María.— ¡Qué cachaza!
 Dígaño usted, y acabemos,
 Que tengo mi genio vivo.
 D. Carlos.—Como yo, ni más ni menos,
 ¡Somos un "couple" dichoso!
 D. Tim.—¿Un couple?
 D. Carlos.— Un par.
 María.— Yo me quemó.
 D. Carlos.—Pues, señor, salí de casa...
 María.—Bien, eso ya lo sabemos.
 D. Carlos.—Ya estoy; pero es necesario
 Un "petit" exordio.
 María.— Bueno
 Siga usted, por Dios.
 D. Carlos.— Salía
 Ocupado en pensamientos
 Muy importantes: ¿qué cosa
 Piensan que en aquel momento
 Me ocupaba?
 Leo.— Algún romance.
 Clara.—O la historia de los griegos.
 Da. Ser.—O la de los Doce Pares.
 D. Carlos.—No, señores; nada de eso:
 Pensaba en que la otra noche
 Estuve en un baile, de estos
 Que aquí llaman del gran tono,
 Pues, de gran tono... por cierto
 Que fueran en Francia nada...
 En Francia, que es un portento
 En este ramo, no hay duda,
 La Francia que es nada menos
 La nación más bailadora

Que existe en el universo;
 Pues si la Italia ha logrado
 Tener el lugar primero
 En talentos de garganta...
 D. Ant.—¡Ya escampa!
 D. Carlos.— El francés ligero,
 Es en el baile un prodigio.
 ¡Qué piruetas! ¡qué meneos!
 ¡Qué elegancia en las posturas!
 ¡Qué gusto en los movimientos!
 María.—Pero en fin, ¿en qué quedamos
 De la historia?
 D. Carlos.— No me acuerdo:
 Como tengo tantas cosas
 En mi cabeza, no puedo
 Retenerlas todas: creo
 Que hablaba á ustedes del baile
 De la otra noche, ¿no es cierto?
 Da. Ser.—Sí, señor.
 D. Carlos.— Pues como digo,
 Ocupaba yo mi asiento
 Junto á cierta marquesita
 Que tendrá cuando menos,
 Su medio siglo.
 Da. Ser.— No es mucho.
 Clara.—Si tenía algún talento,
 Si alguna instrucción, ¿qué importa
 Esa edad?
 D. Carlos.— Pues yo prefiero
 La juventud y las gracias:
 Perdome usted si la ofendo
 Por no ser del mismo avisó.

María.—Vaya, Carlitos, ya veo
 Que en tres días no llegamos
 Al desenlace.
 D. Carlos.— Lleguemos.
 S'il vous plaît. Como decía,
 Estaba yo muy contento
 Mirando á mi marquesita,
 Que sus descarnados huesos
 Ocultaba entre brillantes,
 Cuando de repente advierto
 Una agitación muy grande
 Y unos gritos descompuestos
 Que clamaban: La Mazurca,
 La Mazurca; y en efecto,
 Se bailó la tal Mazurca;
 Pero qué Mazurca, ¡cielos!
 ¡Horrendo mazurquicidio!
 Ya no pude más, y lleno
 De rabia, dije: Señores,
 No es el baile verdadero
 De la Mazurca, el que ahora
 Ejecutáis. Ya sabemos,
 Me dijo un elegantillo,
 Que hay diferencias; más presto
 La legítima Mazurca
 Nos vendrá; pues al efecto
 Un comisionado ha ido
 A la Habana. ¡Bueno, bueno!
 Le respondí; y al instante
 Me salí de allí, riendo.
 María.—¿Pero quiere usted decirme
 Qué tiene que ver con eso
 El lance de hoy?

D. Carlos.— ¿Qué? ¿Mariquita,
 Espere usted un momento,
 Que no soy "foudre."
 D. Tim.— ¿Qué cosa?
 D. Carlos.— Que no soy rayo.
 D. Tim.— Comprendo,
 Siga usted.
 D. Carlos.— Cuando salía
 Hoy de aquí, mi pensamiento
 Estaba todo ocupado
 De tan importante objeto,
 Iba recordando el aire
 De la música, y en esto
 Sentí un empujón horrible
 Por detrás: el rostro vuelvo,
 Y vi á un aguador maldito
 Que me dice muy grosero:
 Quítese, Don Alfenique,
 No estorbe con sus meneos
 El camino á los que pasan.
 Entonces de rabia lleno
 Quise castigarle: en vano;
 Porque de cólera ciego,
 No ví la losa de un cañón
 Que estaba floja, y cediendo
 Al peso, se hundió, llenando
 De lodo mi pie derecho.
 Y no fué poca fortuna
 El no caer; ¡contratiempo
 Fatal, que así me ha privado
 Del pantalón más bien hecho
 Que se haya visto en Europa!

- María.—¿Y éste era todo el suceso?
- D. Carlos.—¿Y le parece á usted poco?
No es su valor el que siento:
Mas no sabe usted, hermosa,
Cuántos gloriosos recuerdos
Este pantalón tenía
Para mí; pues á él le debo
Muchas conquistas.
- D. Ant.— No he visto
Hombre más fatuo.
- D. Carlos.— ¿Y no tengo
Razones para quejarme
De este país?
- Da. Ser.— Por supuesto.
- D. Carlos.—No hay policia, no hay nada;
El más desdichado pueblo
De Francia es mucho mejor:
Que esta ciudad: si á lo menos
Fueran las gentes tratables!
- María.—Gracias por el cumplimiento.
- D. Carlos.—Mariquita, yo exceptuo
Esta casa, donde encuentro
Ilustración y finura,
Sensibilidad, talento;
Pero yo hablo en general:
Aquí hay en el bello sexo
Algunas caras hermosas;
Pero sin gracia. No puedo
Dejar de contar á ustedes
Un lance que ha poco tiempo
Me pasó con una joven.
- Da. Ser.—¿Qué Carlitos! es un fuego,

Como tú cuando tenías
Su misma edad, Timoteo.

ESCENA IX

Dichos DON JUAN

- D. Carlos.—Vamos, aquí está Juanito:
Llega "á propos:" un asiento
Toma, y escúchame atento;
Es un lance muy bonito.
- D. Juan.—Siempre estás hablando.
- D. Carlos.— Si,
No lo puedo remediar:
Vaya! siéntate á escuchar.
- Leo.—Venga usted, Juanito, aquí.
- D. Juan.—Mil gracias.
- D. Carlos.— Como decía:
Por la gran plaza marchaba
La otra noche, y me entregaba
A dulce melancolía;
Brillaba hermosa la luna
Como una bola "argentée."
- D. Tim.—¿Qué es lo que usted dice?
(¿qué?)
No entiendo palabra alguna
De la tal lengua francesa;
¡Qué jerigonza del diablo!
- D. Carlos.—Pues, amigo, yo la hablo
Con más gusto que la inglesa;
Es más "coulante," más hermosa.
- D. Tim.—¿Más qué?

D. Carlos.— Más fácil, más bella;
Instruiré á usted algo de ella.

D. Tim.— Mil gracias.

María.— Por fin, ¿qué cosa
Nos iba usted á decir?

D. Carlos.— Es verdad, se me olvidaba;
Por la gran plaza pasaba...

María.— Ya eso está.

D. Carlos.— Voy á "finir:"

De Catedral la banquetea
De gente se fué llenando;
Yo, con mi lente, pasando
Una revista completa:
Todos fijaban la vista
En mi "frac" de última moda;
Vi la concurrencia toda,
"Et" hice más de una conquista:
Cuál al pasar yo, decía:
"¿Qué joven tan arrogante!"
"Es un francés elegante,"
La vecina respondía:
"Mira, mira la cadena
En que lleva el lente, hermana.
Dijo otra...."

María.— ¿De aquí á mañana
Acabará usted?

D. Carlos.— Sirena,
No se enfade usted: preciso
Es contar los pormenores;
Pues, como digo, señores...

D. Juan.— Hombre, sé por Dios, conciso,
Que ya es mucha pesadez
Ese continuo charlar.

D. Carlos.— Al punto voy á acabar.

D. Ant.— Saldrá con una sandez.

D. Carlos.— En el paseo se hallaba

Con su familia una hermosa,

Tan fresca como una rosa:

Yo enamorarla pensaba.

Estaba de gracia llena,

De blanco lino vestida,

En mecerse entretenida

Sobre una dura cadena;

Ha poco la conocía,

Y á saludarla llegué;

A su lado me fijé;

Dispuse mi batería,

Y en un discurso elegante,

Y como mi pecho ardiente,

Le hice mi pasión patente,

Declarándome su amante:

Por más de un cuarto de hora

Escucharme parecía;

Fijos sus ojos tenía

En la luna brilladora:

Yo su respuesta esperaba,

O una lágrima siquiera,

Que venturoso me hiciera,

Y rendido la miraba.

Pero su meditación

Por nada se interrumpía,

Y le dije: Amada mía,

¿Cuál es tu resolución?

¿Seré por fin venturoso?

¿Debo bendecir al hadó?

¿O estaré al fin condenado
 A no encontrar el reposo?
 Deja de mirar la luna;
 Vuelve á mí tus ojos bellos,
 Que encuentre Carlos en ellos,
 Su placer y su fortuna;
 Paga mi constante afán.
 Ella entonces me miró:
 ¿Tres eclipses, preguntó,
 Pone en este año Galván?
 ¡Oh, alma frígida, exclamé
 Entre mí, cómo es posible!
 ¡Tan bella y tan insensible,
 Tan tonta! yerto quedé.

D. Tim.—Le hablaría usted en francés
 Y por eso no entendió.

D. Carlos.—No, Don Timoteo, no;
 Le hablé en castellano.

D. Tim.—Pues!
 Pero será castellano
 Mezclado de esos "méchants,"
 Y esos "foudres" y "coulants,"
 Y siempre se quedó á mano.

D. Carlos.—No, señor, era el idioma
 Que hablamos todos aquí:
 Yo de pronto presumí
 Que le gustaba la broma,
 O que el romántico hablar
 Al clásico prefería,
 Y le dije: Amada mía,
 No me es posible explicar
 Este volcán, esta hoguera

Que siento en mi seno amante:

Mi corazón palpitante

Salir del pecho quisiera.

Muy temprano esta mañana

Por aliviar mi tormento,

Para mirarte un momento

Fuí al frente de tu ventana;

Mas se engañó mi deseo;

La puerta estaba cerrada,

Tú aún estabas entregada

En los brazos de Morfeo.

Poco á poco, interrumpió,

Poco á poco, caballero,

Ya usted pasa de grosero,

¿Y he de sufrir esto yo?

¿Yo dormir con Don Morfeo?

¿Yo en sus brazos entregada?

No, señor, soy muy honrada,

Y no dar motivo creo

Para que traten así

De ajar mi reputación.

No conosco al picarón

Que usted me ha mentado aquí:

¡Sí, señor, yo soy doncella,

Y muy bien lo saben todos,

Deje usted, pues, esos modos

De hablar. Basta, basta, bella,

Le dije, y sin esperar

Me retiré muy de prisa,

Pudiendo apenas la risa

En las calles sujetar.

Da. Ser.—¡Qué Carlitos tan gracioso!

Se conoce luego, luego,
Que ha estado en toda la Europa,
Y en París; ¿ves, Timoteo,
Lo que aprovechan los viajes,
Y no que ni hablar sat mos,
Ni contar cuentos graciosos
Los criollos, que jamás vemos
El mundo? No, yo te juro
Que si me quisiera el cielo
Dar otro niño.....

D. Ant.— Es difícil

Da. Ser.—Ya; pero hablo suponiendo;
Aunque mire usted: al cura
Del Sagrario ha poco tiempo,
Le oí hablar de una señora
De la Biblia, no me acuerdo
Si dijo que se llamaba
Clara, ó Lara; mas e' cuento
Fué que parió uno, muy grande.

Clara.—Fué, Sara, mamá.

Da. Ser.— Yo tengo

Mala memoria, pues, ahora,
Que cuando chica, en un credo
Como quien dice, aprendía
Cualquier cosa: por ejemplo:
Nada más que en quince días
Aprendí los Mandamientos;
En dieciocho los Artículos,
Y á los dos años y medio,
Ya sabía el Catecismo
De Ripa'da todo entero.
Sin contar con que bordaba,

Cosía en blanco; un puchero
Componía, como dicen,
Que se chupaban los dedos.

D. Tim.—Y bailabas, hija mía,
El "Mambrun," que era un contento.

Da. Ser.—Y cantaba seguidillas,
Muy bonitas.

D. Tim.— Bien me acuerdo.

Da. Ser.—Cuando tú me echabas ojos,
Pícarón.

D. Tim.— Sí, sí, ¿qué tiempos!

Maria.—Pero, ¿mamá, ¿en qué ha quedado
Lo del niño?

Da. Ser.— Ah! sí, pues bueno!

Como decía, si acaso

Tuviera otro hijo, á un colegio

De Europa, ó si no de España,

Lo mandaba en el momento

Que estuviera mancebido,

Aunque también y recelo

Por otra parte, que allá

Lo hicieran hereje.

D. Ant.— ¿Bueno!

¿Conqué todos los de Europa

Son herejes?

Da. Ser.— Yo no veo

Que oigan misa, sobre todo

Los angulos

D. Carlos.— (¡Qué talento

Tiene la buena señora!)

Clara.—Los angulos, mamá: (¡me quemó

De oír hablar á mi madre

Entre genies, me avergüenzo
 ¡Válgame Dios! ¿de qué modo
 Cortara yo en el momento
 La conversación?) Señores,
 Vamos un rato á paseo
 Al jardín.

D. Carlos.— Bravo. Clarita!
 Después de "la table" es bueno
 Pasear.

D. Tim.— ¿Después de qué cosa?

D. Carlos.— De la mesa.

Leo.— Sí, yo encuentro
 La dulce melancolía
 En las flores y en el viento
 Embalsamado que corre
 En el campo.

María.— Bueno, bueno;
 Vamos al jardín, y sirve
 De hacer un ramito nuevo
 Para mi peinado.

D. Carlos.— Hermosa,
 Yo soy quien me encargo de eso:
 Le haré á usted el más hermoso
 "Bouquet."

D. Tim.— Bu.... ¿qué?

D. Carlos.— Ramillete (viejo
 Más preguntón y más tonto!
 Siempre me sale al encuentro.)
 "Andiamo, andiamo."

D. Tim.— Sí, vayan;
 Yo con Juanito me quedo
 A tratar de cierto asunto.

Y usted, Don Antonio, espero
 Que se quede con nosotros,
 Pues estimo sus consejos.

D. Ant.— Como usted guste.

D. Carlos.— Pues, vamos.

Da. Ser.— Vamos, vamos á paseo,
 Que empiezo á sentir el cólico
 Y el ejercicio es muy bueno.

(Vanse.)

ESCENA X

DON TIMOTEO, DON ANTONIO, DON JUAN

D. Tim.— Por fin, Juanito, ha llegado
 El venturoso momento
 De darte el nombre de hijo,
 Que con tanto ardor deseo.
 Habla sin rubor, declara
 Sin disfráz tu pensamiento:
 ¿Cuál de mis hijas te agrada?
 Dimelo, Juanito, luego.
 Don Antonio es un amigo
 De confianza, y los secretos
 De mi casa le confío
 Sin reserva alguna.

D. Juan.— ¡Cielos!
 Llegó el momento temido!

D. Ant.— Sí, Don Juan, yo aprecio
 A usted, y estoy pronto
 A servirle, si no puedo

En cosas de más estima,
 Siquiera con mis consejos,
 Se halla usted, amigo mío,
 En un crítico momento:
 Piense usted bien lo que diga;
 Piense usted que son eternos
 Esos lazos; que es preciso
 Hablar con franqueza.

D. Tim.— Cierta:

Habla sin rubor, querido.
 ¿Cuál de mis hijas tu afecto
 Ha ganado? dílo pronto:
 Por el colmo á mi contento.

D. Juan.— ¡Oh padre! si acaso el nombre
 De padre, dar á usted puedo,
 Cuando rehusó el beneficio
 Que me propone: mas debo
 Ser franco, y sufrir ahora
 Su cólera y menosprecio,
 O resignarme á pasar
 Una vida de tormentos.
 O á lo menos de fastidio,
 Con una esposa de un genio
 Distinto del genio mío.
 Perdona usted si le ofendo;
 Sabe el cielo cuánto estimo
 Ese cariño: cuán lleno
 Mi pecho de sus bondades.
 Prueba el agradecimiento.
 Toda mi vida no basta.
 Para pagar lo que debo
 Al que me ama como padre;

Pero, señor, yo no puedo
 Resolverme á ser perjuro.
 ¿Pronunciaré el juramento
 De amor eterno á una esposa,
 Cuando en mi pecho no siento
 Este amor? es imposible.

D. Tim.— ¡Imposible! ¿Cómo que debo
 Renunciar á la esperanza
 Que alimentaba mi pecho?
 Mas, dime ¿qué te disgusta
 En mis hijas? ¿Qué defectos
 Tienen que yo no he notado?
 Yo las juzgaba un modelo
 De perfección.

D. Ant.— Es preciso,
 Amigo Don Timoteo,
 Que escuche usted de mi boca
 La verdad, aunque su acento
 Le parezca duro; acaso
 Todavía será tiempo
 De corregir unos males,
 Que si tomaran más cuerpo,
 Incorregibles serían.
 Lo he dicho á usted, y de nuevo
 Lo repito. Usted adopta
 Un gran error, suponiendo
 En sus hijas cual virtudes,
 Lo que sólo son defectos.
 La falsa instrucción de Clara;
 De Mariquita ese genio
 Ligero que no se fija
 En cosa alguna; el que es so-

De la sensibilidad
 De Leonor, Don Timoteo,
 Son faltas, y faltas graves,
 A que usted debiera cuerdo
 Haber atajado el curso;
 Un hombre de juicio recto
 Elegirá por esposa
 Una mujer que cumpliendo
 Su deber, cuide su casa;
 Que cultive su talento
 Con gusto; que si dedica
 A la lectura algún tiempo,
 No quiera pasar por sabia;
 Que no esté siempre gimiendo
 Por personajes ficticios;
 Que no ocupe su cerebro
 Solamente con las flores,
 Los bailes y el coliseo:
 Ser sin ficciones sensible;
 Ser instruída, sin empeño
 De parecer literata.
 La compostura, el aseo,
 Usar sin afectación,
 Y vivir siempre cumpliendo
 Las dulces obligaciones
 De su estado y de su sexo:
 He aquí una joven amable!
 He aquí, amigo, en mi concepto,
 Las virtudes de una esposa.
 Usted sin duda está lleno
 De bondad; su noble alma
 Merece ser el objeto

De una constante ternura;
 Pero escuche usted, le ruego
 Los consejos de un amigo;
 Corrija usted los defectos
 De sus hijas, aún es dable.
 Tienen un corazón recto,
 Y escucharán de un buen padre
 Los saludables preceptos:
 Tal vez pronto corregidas,
 Serán de todas modelo,
 Y harán a usted venturoso,
 Tanto cual merece serlo.
 Vaya, enjague usted el llanto,
 Que todo tendrá remedio:
 Cuenta usted con un amigo.
 D. Juan.—Y con un hijo; yo espero
 Merecer tan dulce nombre
 Por mi cariñoso esmero;
 Joven soy; aún es posible
 Que de otro viaje volviendo
 Que voy á emprender ahora,
 Pague á usted lo que le debo,
 Halle en Leonor una esposa
 Tal como yo la deseo;
 Si acaso usted, padre mío,
 Me juzgare digno de ello.
 D. Ant.—Sí, Don Juan, Leonor es joven
 De buen corazón, yo espero
 Que si nuestro buen amigo
 No desprecia mis consejos,
 Será muy pronto una esposa
 Inimitable.

- D. Tim.— Comienzo
A creer que usted, Don Antonio,
Tiene razón.
- D. Ant.— ¡ Bueno, bueno!
Ya lo esperaba.
- D. Tim.— Juanito,
A pesar del sentimiento
Que tu conducta me causa,
Tienes razón, lo confieso;
Mas mi cariño es el mismo:
Jamás olvidarme puedo
De lo que debo a tu padre:
Y todavía, lo espero,
Te daré el nombre de hijo.
- D. Juan.— Sí, señor, yo lo deseo.
- D. Tim.— Vengan los dos a mis brazos,
Que de esta manera quiero
Manifestar que aunque es dura
La lección, yo la agradezco.

ESCENA ULTIMA

Dichos, DON CARLOS, Da. SERAPIA,
LEONOR, MARIA, CLARA.

- D. Carlos.— ¡ Bravo! ¡ bravo! esto va bien;
Ya tendremos desposorio;
¿Cuándo es por fin el casorio?
¿Quién es la dichosa, quién?
¿Conque habrá "danse," festin;
Vaya, qué gusto tendré,

- La Mazurca bailaré.
¿Cuál es la "fiancée," por fin?
Ya están danzando mis pies.
- Da. Ser.— ¿A quién eligió?
- D. Juan.— Señora...
- Todos.— ¿A quién, a quién?
- D. Ant.— Por ahora,
A ninguna de las tres.

